

757 Pues bien—se repeta mi tímida Razón—; si ante uno sólo de estos objetos (una fuente, una flor) se arredra el conocimiento y el raciocinio se aparta, desalentado; si ante una aislada especie particular, vista como independiente de las demás y considerada prescindiendo de sus relaciones, tiene que huir vencido el entendimiento, y la razón—asonabrada—se arredra de tan ardua lucha, que se niega a acometer con valentía porque teme—cobarde—no comprender jamás ese aislado objeto, o sólo comprenderlo "tarde o mal" (a costa de improbos fatigas y con mezcla de errores). ¿cómo podría esa misma facca razón enfrentarse a todo el conjunto de tan inmensa espantable máquina (o sea la complicada estructura de todo el Cosmos), cuyo tremendo peso incompensable—si no estribara en su centro mismo, que es la Omnipotencia y

760 Y he aquí—como otro ejemplo de que es una excesiva pretensión la del conocimiento universal para el hombre—, el hecho de que no sabemos siquiera, ante una pequeña flor, por qué es una figura de marfil la que circunscribe su frágil hermosura,—en una azucena—; o bien, por qué—en la rosa—, una exquisita mezcla de colores, confundiendo la grana entre la blancura del alba, le da fragante aroma; o por qué exhala esos perfumes de ámbar, y cómo despliega al viento su ropaje, más bello cuanto más delicado, que multiplica en sus frescas hojas innumerables, luciendo una rizada pompa, cañalada de dorados perfíles, que—compiendo el blando sello de su capullo— ostenta con ufania los despojos o el botín de la dulce herida de la Cipria Diosa (la rojíz de la sangre de Venus), o bien, se apropia el candor del Alba y la purpura de la Aurora, y, mezclado uno y otro de estos tintes, resulta un ampo de nieve purpúreo y un rosicler (o un rojo esmalte) nevado; tomaseol—o color variable y complejo— que se atrae los apausos del prado a los que aspira (como Reina de las flores), y que es también quizá el vano precursor—maestro de vanidades—, y aun el profano ejemplo de la industria femenina (el arte de los cosméticos) que convierte el más activo veneno—el "Albayalde" o el "Solimán"—en doblemente nocivo, haciéndolo también veneno espiritual, en el barniz de los aceites falaces y tentadores con que el cutis se finge resplandeciente.

811 ¡Ojalá, pues, que—en semejantes audacias— jamás se publicara su castigo, para que nunca volviera a intentarse la misma culpable temeridad; sino que, por el contrario, un político (o prudente) silencio—como discreto gobernante— rompiera los autos y memorias de tal proceso; o bien disimulara, en fingida ignorancia, cual cerrando los ojos a esa especie de crímenes; o (a no poder dejarlos impunes) sólo secretamente, ~~esgragara~~ tales excesos de la petulancia, sin exhibir a las miradas del pueblo su ejemplo nocivo! La maldad, en efecto, de los extraordinarios delitos resulta peligrosa en su divulgación, de la que puede trascender un dilatado contagio, mientras que—siendo culpa sólo individual y no publicándose—, su retención será mucho más remota o improbable entre quienes la ignoran, que no entre quienes hayan recibido su noticia y la de su castigo, dizque para quedar escarmentados...

766 Ni el panteón profundo que halló Faetonte al despeñarse en las aguas del Po—sepulcro azul de sus despojos ya calcinados—, ni el trayo vengador con el que Júpiter derribó a aquel mismo, o aquellos otros con los que aplacó a los Gigantes ávidos de escalar el Olimpo, no lo gran conmovier, por más que le advierten su temeridad; al ánimo arrogante, que, despreciando el vivir, resuelve comenzar su nombre en su ruina. Cualquiera de esas catástrofes, por el contrario, es más bien un ejemplo pernicioso, un tipo y modelo, que engendra nuevas alas para el que repite aquellos vuelos el ánimo ambicioso, que—convirtiendo el terror mismo en un nuevo halago que lisonja a la valentía, por la fascinación del peligro—, deletrea las glorias que conquistará si vence tamaño riesgo, entre los caracteres de la tragedia (en cuyos rasgos, como en otras tantas letras, parecería que no debiera leerse sino el escarmentó).

767 Otras veces, en cambio, más esforzado, ni Entendimiento se reprochaba como una cobardía excesiva el renunciar al hanto del triunfo aun antes de haber siquiera entrado en la dura lid; y volvía su atención al aadaz ejemplo del claro, joven, Faetonte—altivo auriga del ardiente Carro del Sol—, y me encendía el espíritu aquel impulso excelso y valeroso, aunque desventurado, donde—más que el temor ejemplos de escarnimiento—, el ánimo halla sendas abiertas para la osadía, las cuales—si una vez han sido trilladas—no hay amenaza de ningún castigo que baste a remover (o disuadir) el segundo intento, o sea la renovada ambición de investigar la Naturaleza....?

X.—LA SED DESPREVENIDA DEL SABER

827 Pero entre tanto, —mientras que la elección de mi Intelecto zozobrava, confusa, entre los escollos de esas decisiones contrarias, tocando sirtes o arrecifes de imposibles en cuantos rumbo intentaba seguir— el "calor natural", no encontrando materia en que cebarse—pues su llama (que es llama, al fin, por moderada que sea) inevitablemente consume su pábulo, y aun podríamos decir que lo quemara, siempre que ejercita su actividad—, ya había lentamente transformado los manjares, convirtiendo en suya propia aquella ajena substancia; y el bullicioso hervor, que resultaba del encuentro del "húmedo radical" y de aquel ardiente "calor", había ya cesado, al faltarles el medio (o sea, el alimento), en el maravilloso vaso natural del Estómago; y consiguientemente, los húmedos vapores soporíferos—que subiendo de éste, embarrababan el trono racional, el Cerebro, desde donde derramaban a los miembros el dulce entorpecimiento—, consumidos ahora por los suaves ardores del calor, iban ya desatando las cadenas del Sueño. Sintiendo, pues, la falta de nutrición, los extenuados miembros—causados del descenso—, ni del todo despiertos del todo, con tardos esperezos daban ya muestras de querer moverse, extendiendo poco a poco—todavía medio involuntariamente— los nervios entumecidos, y volviendo de un lado a otro los huesos fatigados por la misma fija postura.

828 En tanto, el Sol—engendrador ardiente de la luz— reconocía ya próximo el término prefijado para acercarse al Oriente (de nuestra longi...d) y se despedía de nuestros opuestos Antipodas con sus rayos crepusculares, puesto que para ellos hace su Occidente—con trémulos desmayos de su luz— en el punto mismo en que ilumina nuestro horizonte Oriental. Antes, empero, la hermosa y apacible estrella de Venus—el Lucero maquino— rompió en su primer albor; y la Aurora, la bella esposa del viejo Tithón—tal como una Amazona vestida de mil luces, armada en guerra contra la Noche, y a un mismo tiempo hermosa y atrevida, y valiente aunque llorosa (por su rocío)—, mostró su gallarda

XI.—EL DESPERTAR HUMANO

864 Entrecubriendo después los ojos, dulcemente impedidos hasta entonces por el beleño (o soporífico) natural, los sentidos empezaron a recobrar sus operaciones; y del Cerebro, que así se vió ya libre y desocupado, huyeron los fantasmas—las representaciones nocturnas de la fantasía—, desvaneciéndose su forma como si hubieran estado hechos de un ligero vapor y se trocaran en humo fugaz y en aire invisible... Tal, así, la Linterna Mágica, ayudadas no menos por la sombra que por la luz, representa pintadas varias figuras, simuladas en la blanca pared; y guardando en sus temblorosos reflejos las debidas distancias de la docta perspectiva, según sus ciertas medidas confirmadas por reiterados experimentos—, a la sombra fugitiva, que se desvanece en la claridad, la finge un cuerpo formado, dándole la apariencia de un volumen consistente, adornado de todas las dimensiones, por más que ni siquiera sea una real superficie.

887 En tanto, el Sol—engendrador ardiente de la luz— reconocía ya próximo el término prefijado para acercarse al Oriente (de nuestra longi...d) y se despedía de nuestros opuestos Antipodas con sus rayos crepusculares, puesto que para ellos hace su Occidente—con trémulos desmayos de su luz— en el punto mismo en que ilumina nuestro horizonte Oriental. Antes, empero, la hermosa y apacible estrella de Venus—el Lucero maquino— rompió en su primer albor; y la Aurora, la bella esposa del viejo Tithón—tal como una Amazona vestida de mil luces, armada en guerra contra la Noche, y a un mismo tiempo hermosa y atrevida, y valiente aunque llorosa (por su rocío)—, mostró su gallarda

XII.—EL TRIUNFO DEL DÍA

933 Llegó el Sol, en efecto, cerrando el giro de oro que esculpió sobre el azul zafiro del Cielo, formado por mil veces mil puntos y por mil flujos o raudales dorados. Líneas, digo, de clara luz, salían de su circunferencia luminosa, pautándole al firmamento su plana azul (o sea, llenándolo todo, como las "pautas", en toda la extensión de una hoja de papel rayado); y embestían, atropadas, a la que poco antes fue Tirana funesta de su Imperio, la cual huyendo desordenadamente, en su precipitación, iba pisando su propia sombra, tropezando en sus mismos horrores, y pretendía llegar al Occidente con su desbaratado—y ya caótico—ejército de tinieblas, acosado por la Luz, que le iba al alcance.

938 La fugitiva carrera de la Noche, consiguió, al fin, la vista del Ocaso,—esto es, llegar al borde de nuestro horizonte Occidental—; y recobrada (o vuelta a sus bríos) en su mismo despeñarse hacia el otro lado, y esforzando su aliento por la rabia misma de su derrota, del término, rebelde por segunda vez, coronarse Reina en esa otra mitad del globo terrestre que el Sol acaba de dejar desamparada. Mas ya, en esto, ilustraba a nuestro Hemisferio la hermosa y áurea melena del mismo Sol: el cual,—con justa luz, fiel al orden distributivo, que da a cada quien lo suyo—, íbales repartiendo sus respectivos colores a las cosas visibles y resituyéndoles entera su actividad a los sentidos extermos, quedando así—con una luz más cierta que la de la Aurora y del Sueño— iluminado el Cosmos a nuestros ojos, y yo despierta.

frente, coronada de fulgores matutinos: tierno preludio, pero ya inimoso, del llameante Planeta (el Sol), que venía reclutando sus tropas de bisoñas (o nuevas) vislumbres, y reservando a la retaguardia otras luces más veteranas y fuertes, para lanzarse ya al asalto contra la Noche, que—Tirana usurpadora del imperio del Día— ostentaba por corona el negro laurel de miles de sombras, y con nocturno cetro pavoroso regía las tinieblas, que aun a ella propia le infundían terror.

917 Pero apenas la bella precursora y abanderada del Sol—la misma Aurora, como su adalid y su alférez— treuoló en el Oriente su luminoso pendón, tocando al arma todos los bélicos y a la par dulces clarines de las Aves—diestros, por más que no enseñados, trompeteros sonoros—, cuando la Noche, cobarde como todos los titanos y peñurabada de medrosos recelos—aunque intentó alardear de sus fuerzas, escuchándose en su lúgubre capa, y recibiendo en ella las breves heñidas de las fúlgidas estocadas de la Luz, si bien este su valor fue sólo un burdo pretexto de su cobardía—, conociendo su débil resistencia y ya casi confiando a la sola fuga su salvación, tocó su ronca bocina (o cuerno) para recoger sus negros escuadrones y así poder retirarse en orden, al tiempo en que se vio asaltada por una más vecina plenitud de reflejos, que rayó la punta más encumbrada de los etiguidos torreones del Mundo, que son los Montes.

943 Llegó el Sol, en efecto, cerrando el giro de oro que esculpió sobre el azul zafiro del Cielo, formado por mil veces mil puntos y por mil flujos o raudales dorados. Líneas, digo, de clara luz, salían de su circunferencia luminosa, pautándole al firmamento su plana azul (o sea, llenándolo todo, como las "pautas", en toda la extensión de una hoja de papel rayado); y embestían, atropadas, a la que poco antes fue Tirana funesta de su Imperio, la cual huyendo desordenadamente, en su precipitación, iba pisando su propia sombra, tropezando en sus mismos horrores, y pretendía llegar al Occidente con su desbaratado—y ya caótico—ejército de tinieblas, acosado por la Luz, que le iba al alcance.

958 La fugitiva carrera de la Noche, consiguió, al fin, la vista del Ocaso,—esto es, llegar al borde de nuestro horizonte Occidental—; y recobrada (o vuelta a sus bríos) en su mismo despeñarse hacia el otro lado, y esforzando su aliento por la rabia misma de su derrota, del término, rebelde por segunda vez, coronarse Reina en esa otra mitad del globo terrestre que el Sol acaba de dejar desamparada. Mas ya, en esto, ilustraba a nuestro Hemisferio la hermosa y áurea melena del mismo Sol: el cual,—con justa luz, fiel al orden distributivo, que da a cada quien lo suyo—, íbales repartiendo sus respectivos colores a las cosas visibles y resituyéndoles entera su actividad a los sentidos extermos, quedando así—con una luz más cierta que la de la Aurora y del Sueño— iluminado el Cosmos a nuestros ojos, y yo despierta.